

Bases Para un Diálogo

por Sebastián Salazar Bondy

En una nueva revista de cultura aparecida en Francia ("L'Esprit des Lettres") ha sido publicado un artículo, firmado por Jean Mazoyer, cuyo tema nos concierne directamente. "Pretexto para un diálogo con América Latina" es su título y se ocupa de la necesidad de un mayor acercamiento de Francia y los franceses a la vida y los problemas de los países indo-ibéricos de este continente. No es la primera vez que un intelectual europeo propone el incremento de esta amistad, aunque es nuevo, en realidad, el tono urgente con que ello se impone a su conciencia de hombre de un tiempo sin distancias ni aislamientos. Mazoyer afirma, aclarando sus ideas, que "No se trata de aprovechar el diálogo para imponer nuestras ideas y hablar como maestros. Nuestras experiencias y nuestras angustias están muy próximas a la de Latinoamérica, puesto que la crisis del humanismo no es europea sino mundial". Desde este solidario punto de vista, nos dirige un francés joven la palabra, sin el tono protector a que nos tienen acostumbrados quienes se han dignado, desde el viejo continente, a mirarnos por sobre el hombro y de reojo, e invita a sus compatriotas a comprender el drama de esta singular comunidad que constituimos.

Nuestra Emancipación

Sin duda alguna, el escritor francés tiene una visión parcial de América Latina. En su artículo hay citas de una revista mexicana —en verdad, una excelente publicación, aunque no escapa, en lo que atañe a la visión política del continente, a un sectarismo incompatible con la objetividad a través de la cual debe juzgarse la peripecia de pueblos tan complicados como los nuestros— y referencias geográficas y humanas a la Argentina. El Perú, entre otros países, está ausente de su reflexión, y es aquí, por múltiples razones, donde la vida americana asume algunos de los caracteres que le son más propios. No obstante esta incompleta información, Mazoyer acierta en la calificación de nuestra personalidad: somos los latinoamericanos un pueblo que atraviesa por una crisis de emancipación mucho más importante que aquella que, en el pasado siglo, marcó nuestra liberación del dominio hispánico. El proceso independizador de hoy, sin embargo, no está inmerso —como parece creerlo el autor de la nota que comentamos— en los esfuerzos que determinadas dictaduras (de otra parte, nada nuevas en nuestra historia) hacen por variar formalmente el sistema oligárquico de los gobiernos locales. La reacción de Perón y algunos émulos de derecha o izquierda contra la Iglesia, por ejemplo, no es más que un episodio transitorio de sus proteicos cambios, y no cuentan, como Mazoyer lo afir-

ma, con la adhesión incondicional de los intelectuales.

La emancipación que hoy vivimos es incipiente, pero es. Desde hace menos de un cuarto de siglo —y este lapso resulta, inclusive, excesivo— la inteligencia latinoamericana ha comenzado a despertar a la certeza de que mientras no se entregue a las cuestiones nacionales no encontrará su verdadero sentido. Europa —y Francia muy especialmente—, en cuya cultura las "élites" de nuestro mundo se nutrieron durante siglos casi exclusivamente, no le proporcionó sino refinamientos y exquisitices que la práctica y la experiencia denunciaron como inútiles y hasta nocivos. Los ensayistas, los literatos, los pintores se dieron cuenta, a través de una reflexión lenta y dolorosa, que sus pensamientos y sus creaciones, hechos sobre el modelo occidental, constituían una suerte vana de juego solitario y para goce de minorías. El joven venezolano que se interesaba por la última obra de André Breton —para emplear el mismo ejemplo que utiliza Mazoyer— olvidaba por ese interés un infinito cúmulo de problemas que en su medio, en Venezuela, y en sí, lo asediaban hasta la angustia.

Una Mano Tendida

Hemos tenido muchos artistas de "torre de marfil" y no nos han dejado nada, excepto un lujo que semeja al de la utilería teatral. La sabiduría europea resultó imperfecta e ineficaz para expresar totalmente nuestro mundo material y espiritual, que a todo llamado hecho con el auxilio de tales instrumentos prestados, permaneció impasible, ajeno y enigmático. Cada personalidad hizo una prueba diferente, y de los pequeños éxitos y de los grandes fracasos se fué formando esta conciencia que hoy parece apuntar, de un extremo a otro, en la juventud continental. Del sur y del norte nos llegan a los peruanos palabras de rebelión que son idénticas a las que nosotros pronunciamos. Ellas pueden resumirse en un solo aserto: somos distintos y estamos obligados a proclamarlo. Distintos no entre nosotros, pues como dice Mazoyer nos une un enorme sentido de la fraternidad, sino distintos, para ser concretos, a Breton, a Sartre, a Greene, a Moravia, a los pintores abstractos de Francia o Italia, a cómo dicen que es el hombre, los más destacados pensadores de aquéllos o de otros países del continente transatlántico. Por cierto, este espontáneo movimiento no está unificado, ha surgido como última respuesta a un interrogante que hizo de nuestros antepasados víctimas de la más cruel evasión. Y aunque superviven los amargos, los negadores, los inadaptados, que aspiran a ir a París o Madrid a olvidar la premiosa solicitud de compromiso que emana de la tierra y la historia viviente de aquí,

los mejores y más fuertes afrontan su deber y se brindan a la tarea precursora de afirmar la personalidad nacional y luchar porque nuestra cultura se haga corpórea y maciza.

El diálogo que pide Jean Mazoyer nos conviene, qué duda cabe, y estamos dispuestos a entablarlo, pero queremos que él se lleve a cabo en un plano de confianza e igualdad respetuosa. No deseamos que se nos juzgue por medio de un rasero cosmopolita porque, a pesar de nuestras miserias, somos una nueva experiencia del hombre por obtener, al fin, la dicha. Que la mano que nos tiende desde "L'Esprit des Lettres" este escritor francés traiga el calor de la hermandad, y será acogida cordialmente, pues este gesto nos gusta más que la tradicional palmadita en el hombro de tutor a protegido.